

SAN MAMERTO, OBISPO Y CONFESOR

Día 11 de mayo

P. Juan Croisset, S.J.

Las actas de la vida santa y prodigiosa de Mamerto, antes de ascender á la Silla episcopal de Viena, no han llegado hasta nosotros, y con sentimiento nos vemos en la triste necesidad de no poder dar pormenor alguno. Tuvo un hermano, llamado Claudiano, presbítero de su misma iglesia, varón muy instruido, de vasta erudición, de profundos conocimientos y de vida santa y ejemplar. De éste con especialidad, y de otros muchos doctos y sabios sacerdotes, se valía Mamerto para que le instruyesen y ayudasen á guardar el rebaño de sus fieles, á quienes amaba con ternura.

Este prelado eminente floreció en el siglo v, y fue uno de los célebres obispos que brillaron en su tiempo por su virtud, por su doctrina, por su vigilancia en el cuidado de sus feligreses, y por sus ejemplares y caritativas costumbres.

Grandes tribulaciones y terribles pruebas tuvieron lugar durante la época de su pontificado. Nuevas señales de la ira de Dios se sucedían todos los días sobre los afligidos habitantes de aquel país. Espectáculos espantosos, desastres terribles que laceraban y entristecían el bondadoso corazón del amante pastor. La ternura, el amor afectuoso que profesaba á todos los que la Divina Providencia colocara bajo su cuidado, eran la causa que, á presencia de tantos estragos, el dolor habitara en su pecho y las lágrimas regaran su rostro venerable. Los frecuentes incendios, los terremotos, las

ruinas y espantosos estruendos continuaban de tal modo, que las fieras, llenas de pavor y dando horribles aullidos, habían abandonado sus guaridas en lo interior de las selvas, por venir á refugiarse á las ciudades. La única esperanza que entreveían, lo que ansiosos anhelaban llegase los consternados fieles, creyendo entonces encontrar una suspensión al castigo que por sus culpas el Cielo les imponía, era la festividad de la Pascua de Resurrección. Confiaban en que los ejercicios que en la Cuaresma se practican, como una preparación para la comunión pascual, y acudiendo á practicarlos contritos y penitentes, el Señor pondría término á los desastres públicos.

Llegó la noche tan ardientemente esperada, y todos los fieles acudieron presurosos á celebrar en la iglesia el misterio. En el ínterin, un voraz incendio reducía á cenizas la casa de villa de la ciudad, y los consternados habitantes, abandonando el templo, huían espantados á los campos, gritando é implorando compasión. El santo prelado quedó solo en el templo, donde, postrado de rodillas, imploraba con fervoroso recogimiento la misericordia divina, pidiendo al Señor que mirase con benignos ojos á sus fieles amargamente afligidos. Las súplicas del varón justo no fueron desoídas: el fuego que ardía con extraordinaria fuerza, y que sus voraces columnas se elevaban á grande altura por su grande intensidad, se apagó de súbito, y el pueblo, maravillado de este portentoso prodigio, volvió á llenar las naves del templo para continuar los Oficios divinos.

Después que nuestro Santo terminó los misterios, rindió al Señor las gracias por el favor que acababa de otorgar, aprovechándose de la contrición que el pueblo manifestaba; y reciente aún el maravilloso prodigio, les dirigió una plática exhortándoles á la oración y á la penitencia, únicos, verdaderos y eficaces medios para

hacer desaparecer las desgracias que les aquejaban. Mandó, pues, que en los tres días que preceden á la Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo se hiciesen públicas rogativas, acompañadas de preces y ayunos. Toda la ciudad asistió á ellas presentándose con humilde y penitente semblante, con cristiana compostura, dando marcadas y evidentes pruebas de su contrito corazón las oraciones que con devoción rezaban, las lágrimas que bañaban sus mejillas y los gemidos que sus afligidos corazones exhalaban. Desde estas memorables rogativas, las calamidades públicas desaparecieron.

Feller es de parecer que la institución de estas rogativas, conocidas más comúnmente con el nombre de *letanías*, fue institución que estaba ya anteriormente en uso en la diócesis de Milán desde el tiempo de su obispo San Lázaro; pero San Abito, hijo espiritual de Mamerto, que le sucedió en la Silla episcopal, Sidonio Apolinar, Gregorio de Tours y otros escritores reconocen por primer autor del establecimiento, en cuanto á la determinación de este método y forma de ejecución, á nuestro Santo. Las provincias vecinas en el Delfinado, y más tarde la Iglesia de Occidente, adoptaron esta institución laudable, y en la Iglesia universal ha sido continuada sin interrupción hasta nuestros días.

Edificó una magnífica iglesia, para que tributasen adoración los fieles á las santas reliquias de los mártires San Julián y San Ferreol, que padecieron en tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximino, y que á su celo religioso fue debida la invención de los venerables restos de los mártires gloriosos. Últimamente, después de grandes merecimientos y resplandeciente en virtudes, descansó en el Señor á fines del siglo v. Su cuerpo fue sepultado primeramente en la iglesia situada extramuros, llamada de los Santos Apóstoles; después se trasladaron á la basílica Constantiniana de Santa Cruz

de Orleans; pero en el siglo xvi, durante las irrupciones sacrilegas del año 1562, los impíos hugonotes, habiendo tomado á Orleans, quemaron la cabeza y huesos del Santo y dispersaron sus cenizas.

SAN FRANCISCO DE JERÓNIMO, CONFESOR

In aquella parte del reino de Ñapóles que se llama comúnmente Tierra de Otranto, hay una aldea, cerca de Tarento, en la que tuvo lugar el nacimiento de San Francisco de Jerónimo, cuyo suceso, que tan gran influencia había de ejercer sobre el mundo entero en estos últimos tiempos, se verificó el 17 de Diciembre de 1642. Sus padres, Juan Leonardo de Jerónimo y Gentilesca Gravina, eran menos conocidos por el puesto honorífico que ocupaban en la sociedad, cuanto por su virtud y la excelente educación que daban á sus once hijos, de los que era Francisco el primogénito.

La virtud, no sólo fue en nuestro Santo una herencia recibida de sus padres, y como una producción natural de su alma, sino que se desarrolló en él con una fuerza tal que muy luego reveló las excelentes calidades del suelo que ocupaba. Señalaron la infancia del Santo, y fueron el presagio de su futura grandeza y santidad, un juicio y discreción superiores á sus años, una sumisión llena de bondad y una ciega obediencia á los preceptos de sus padres, acompañadas de una modestia virginal y de una ardiente afición á la oración y al retiro.

Luego que el santo joven llegó á la edad conveniente, fue admitido á la participación de los santos sacramentos de la Penitencia y Eucaristía; y desde este momento, creciendo cada vez más su hambre y sed por el banquete sagrado, le obligaba su propia devoción y fervor á participar del sacramento con suma frecuencia,

para aumentar de este modo el amor que tenía á Jesucristo por haberse dignado quedarse con nosotros y comunicársenos como tierno Esposo de nuestras almas. Esto fue lo que obligó á los padres de nuestro Santo á consagrarle al Señor, como otro Samuel, y para que más adelante le enviasen á Tarento, para que en esta ciudad estudiase la Filosofía y la Teología en las escuelas de la Compañía de Jesús. Su conducta ejemplar le ganó la estimación y el afecto de su venerable arzobispo, el cual, convencido cada día más de los méritos de Francisco, le ascendió sucesivamente á las órdenes menores, al subdiaconado y diaconado. Habiendo conseguido licencia de su arzobispo y dispensa, por razón de su edad, del Sumo Pontífice, recibió con alegría y gozo inexplicables la orden del presbiterado de manos de D. Benito Sánchez de Herrera, obispo de Puzzuolo, el 20 de Marzo de 1667. Altamente convencido de la gran responsabilidad que había tomado sobre sí y de la eminente dignidad de que había sido investido, Francisco, todo puro, santo y estudioso, aun más que antes, se hizo entonces todavía más cuidadoso, más fervoroso y más asiduo, y temió que la menor sombra de imperfección llegase á empañar un momento la pureza virginal de su alma. Obtuvo el cargo de prefecto de sala en el Seminario de Nobles de aquella corte, dirigido por los jesuitas, admirando á todos sus ayunos, su oración y su paciencia inalterable.

Aunque nuestro Santo vivió en el mundo como si no perteneciese á él, se consumía con el deseo de apartarse de él enteramente. El Cielo condescendió con los deseos de su siervo favorito. Mas le sobrevino un obstáculo, que el Santo, lleno de pena, no hubiera podido superar: tal fue el oponerse su padre á que ejecutase sus deseos de entrar en la Compañía de Jesús; pero logró por fin triunfar de la resistencia de su padre, haciendo que se conformase con la voluntad de Dios. Vencidas todas las

dificultades, fue á parar á la casa de la Compañía destinada para noviciado la víspera de la Visitación de la Santísima Virgen, el año 1670, á los veintiocho años de su edad, diciendo ya el rector de la casa de Nápoles, P. Mari: *Hoy la Compañía ha adquirido un sacerdote santo.* Apenas Francisco se vio admitido en el número de los novicios y vestido con el santo hábito, cuando su alma se desahogó en vivas efusiones de gratitud, aplicándose con tanto celo á llenar los deberes que le habían impuesto, que el maestro de novicios no tardó en conocer la buena adquisición que en él había hecho la Compañía. Para decirlo en pocas palabras, nunca hubo novicio más humilde, más fervoroso, más mortificado ni más obediente que Francisco. Para que el oro de sus virtudes se purificase en el fuego de las aflicciones y de la cruz, dispusieron sus superiores sujetarle á una serie de las más duras pruebas. El Señor, en tanto, no abandonaba á su devoto siervo, y le consolaba y animaba. Así cumplió su primer año de noviciado, presentándose cual gigante dispuesto á correr el camino de las virtudes apostólicas.

En efecto, fue enviado entonces á Lecce con el famoso P. Anello Bruno. Por espacio de tres años, estos santos misioneros recorrieron todas las villas y lugares de las dos provincias de la Tierra de Otranto y de la Pulla, predicando y convirtiendo, por dondequiera que pasaban, un número infinito de pecadores. En 1674 se mandó á nuestro Santo que volviese á Nápoles, para que en esta ciudad concluyese su carrera de Teología escolástica antes de hacer su solemne profesión; y después que terminó su carrera literaria, por disposición particular de la Providencia fue elegido para la casa profesa llamada el *Jesús Nuevo*, en la que dio principio á los trabajos de su vida apostólica, que continuó por espacio de cuarenta años, sin interrupción, hasta finar su peregrinación terrestre.

Hizo el P. Francisco su profesión solemne el día de la festividad de la Concepción Inmaculada de la Santísima Virgen del año 1682. En esta ocasión dio pruebas de la humildad que le caracterizaba, poniéndose de rodillas á vista del público, besando los pies del superior y dándole en alta voz las gracias por haberse dignado admitir en la Compañía á un miembro tan indigno. Ya hemos dicho que empleó cuarenta años sin interrupción en su vida apostólica. Y de seguro seríamos interminables, si nos propusiéramos referir individualmente las circunstancias que la acompañaron. Lleno del mayor celo por la gloria de Dios, no cesaba de predicar contra el pecado.

Sus exhortaciones, dirigidas a toda clase de personas, eran seguidas de maravillosas conversiones. Predicaba en los templos, en las plazas, en las cárceles, en los cuarteles, hasta en las casas de las mujeres públicas, y siempre con fruto, y siempre teniendo que sufrir insultos y malos tratamientos, y siempre con paciencia, con alegría, con humildad.

Uno de los medios que más frecuentemente empleaba nuestro Santo, y con mayor fruto, para santificar las almas, era el de los ejercicios de San Ignacio. Es imposible concebir con qué energía y con qué asombroso éxito recomendaba el santo varón al pueblo estas meditaciones, que componen un curso completo de filosofía cristiana; baste decir que se veía obligado á interrumpir frecuentemente su discurso para dar lugar á las lágrimas, gemidos y sollozos que con ellos arrancaba; consiguiendo convertir á un gran número de pecadores que hacía diez, veinte, treinta y aun hasta cincuenta años que habían sacudido el suave yugo de la religión; porque es necesario confesar que nuestro Santo estaba dotado de un admirable tacto para atraer á los pecadores.

Otra de las excelentes dotes de que se hallaba

adornado nuestro Santo consistía en su gran talento para dirigir las almas, no pudiendo dudarse que sus públicas exhortaciones y sus instrucciones privadas y secretas producían los mayores resultados. Tenía una destreza que maravillaba para resolver dificultades, desvanecer escrúpulos y apaciguar disputas. Sería por demás el extendernos sobre las virtudes privadas de nuestro Santo, supuesto que aquí sólo nos hemos propuesto escribir su vida pública; mas, sin embargo, no queremos omitir la tierna y singular devoción que tenía á Jesucristo y á la Santísima Virgen María, encomendando esta devoción á todos como el mejor medio de huir del pecado. Nadie excedió á nuestro Francisco de Jerónimo en caridad, humildad, pureza y obediencia.

Supo nuestro Santo por inspiración divina el día de su muerte, Cuando falleció su hermano, pronunció estas palabras: *Dentro de un año estaremos reunidos;* y, estando en perfecta salud, dijo al despedirse de las religiosas de Santa María del Divino Amor: *Amadas hijas mías, hoy es el último día que os hablo.* Durante su última enfermedad, acercándose la fiesta de San Ciro, dijo: *No la veré yo en vida.* Por último, cuando el médico que le asistía le hizo la última visita, le dio gracias por sus cuidados, y le dijo: *No nos volveremos á ver más adelante en este mundo, porque el lunes será el último día de mi vida.* En el mes de Marzo de 1715, al principio de la Cuaresma, hacía por tercera vez unos ejercicios espirituales con los alumnos del Colegio de Nobles, cuando de repente sintió que una fiebre devoradora se apoderaba de sus miembros, tal que hubo precisión de conducirlo á su aposento. El día de la Invención de la Santa Cruz se le administró el Santísimo Viático, y seis días después la Extremaunción. Su enfermedad duró aún algunos días.

A pesar del deseo que nuestro Santo había tantas

veces manifestado de que le dejasen solo, fue imposible contener el gentío inmenso que se agolpaba para verle por última vez, besarle las manos y recibir su bendición. Manifestó deseos de recibir la Santa Eucaristía; mas no creyéndolo oportuno el superior, en atención á que hacía muy poco tiempo que había comulgado, el humilde Santo se conformó. Desde este momento empezó su agonía; le recomendaron el alma, y con gran llanto de sus hermanos expiró el P. Francisco de Jerónimo al medio día del lunes 11 de Mayo de 1716, en Nápoles, á los setenta y cuatro de su edad y á los cuarenta y seis de su vida religiosa, habiendo empleado cuarenta en los trabajos de su vida apostólica.

Bien pronto se supo en toda la ciudad la muerte de nuestro Santo, y fue tal la afluencia de gentes que concurrieron al Jesús-Nuevo, que fue preciso un fuerte destacamento de guardias suizas para hacerle los funerales con orden y poner á cubierto el venerable cadáver de la indiscreta devoción de la multitud. Apenas había expirado, cuando las gentes más sabias y virtuosas le dieron el título de Santo, y el cardenal Orsini, después Benedicto XIII, que le veneraba muy particularmente, hizo su panegírico en la catedral de Benevento. Fue sepultado en la casa profesa de Nápoles, donde su sagrado cuerpo se conserva y es venerado con extraordinario concurso de fieles.

Nápoles y toda Italia se interesaron bien pronto para que la Santa Sede promoviese el culto público de nuestro Santo. Concluidos los preliminares de costumbre, Benedicto XIV, en 1758, declaró las virtudes de Francisco Jerónimo en grado heroico; Pío VII le beatificó el 19 de Marzo de 1722, y Gregorio XVI, el día de la Santísima Trinidad de 1839, le puso en el catálogo de los santos, juntamente con otros cuatro, uno de ellos San Alfonso María de Ligorio, del cual, cuando éste era niño, San

Francisco aseguró á sus padres que su hijo sería obispo, que trabajaría mucho por la gloria de Dios, que viviría noventa años y que sería santo.

En el convento de religiosas de la Concepción Jerónima de esta corte, que hoy está en el barrio de Salamanca, calle de Lista, número 31, y antes estaba en la plaza de su nombre, en el sitio que ocupa hoy la calle del Duque de Rivas, se venera una reliquia del glorioso San Francisco Jerónimo, y las religiosas celebran anualmente su fiesta, como igualmente la familia cristiana de D. Luis Aguado, muy conocido en esta corte, la celebra todos los años en la iglesia de la parroquia de Santa Cruz, y conserva en su oratorio otra reliquia del santo jesuita.

La Misa, en honra de San Mayólo , es la del común de los abades, y la oración la que sigue:

Suplicárnoste, Señor, que nos haga recomendables la intercesión de San Mayólo, abad, para conseguir por su patrocinio lo que no podemos por nuestros merecimientos. Por Nuestro Señor, etc.

La Epístola es del cap. 45 del libro de la Sabiduría.

Fue amado de Dios y de los hombres, y su memoria es en bendición. Dióle una gloria semejante á la de los santos, y le engrandeció para que le temiesen los enemigos, y amansó los monstruos por medio de sus palabras. Ensalzóle en presencia de los reyes; le dio sus órdenes delante de su pueblo, y le manifestó su gloria. Le santificó en su fe y en su mansedumbre, y le escogió de entre todos los hombres, porque oyó y escuchó la voz de Dios, y le introdujo en la nube. Y le dio en público sus

preceptos, y la ley de vida y de ciencia.

REFLEXIONES

Dióle públicamente los preceptos y la ley, para que arreglase por ellos su vida y sus costumbres. ¿Hablarán estas palabras solamente con San Moisés y con los santos? ¿Dio el Señor á éstos su ley y sus preceptos para que ellos solos arreglasen su vida y sus costumbres? Y si este orden habla con todos los cristianos, ¿qué deberemos pensar á vista de una vida tan desarreglada, de unas costumbres tan perdidas en la mayor parte de los fieles?

La ley de Jesucristo, aquella ley tan santa, tan pura, tan perfecta, debe ser la única regla de nuestras operaciones. Cualquiera otro sistema es abusivo; no tenemos ni debemos tener otros principios de moral; todo camino que no sea éste, es descamino. El Evangelio es el que debe reglar todas las condiciones, todos los estados, todas las edades; no se nos ha de juzgar por otras leyes; no se han de consultar otras máximas para formarnos el proceso; no se han de seguir otras doctrinas. Ciertamente que se trastorna el juicio y la razón cuando se considera que esas gentes que sólo se apacientan con vanas quimeras de fortuna, con frívolas ideas de grandeza, que dejan á las almas sencillas, y á los que llaman ellos pueblo y vulgo, el cuidado de cumplir con las obligaciones de cristiano; gente que no tiene más ocupación que la ociosidad, y que, al parecer, sólo se avergüenza del Evangelio; que estas gentes, vuelvo á decir, crean sinceramente las verdades más terribles de la religión y todo lo que dejó dicho Jesucristo de la indispensable obligación de vivir según sus máximas.

i Qué monstruosa contradicción es la que se palpa entre lo que se cree y lo que se obra! Todos se aman

tanto, que ninguno quiere condenarse. Pero ¿viven todos tan cristianamente que puedan esperar no ser condenados? Asombro es que entre los cristianos se hallen algunos que se esfuerzen á no creer aquello mismo que temen; pero aun es mayor el asombro que se encuentren en el Cristianismo muchos que no temen aquello mismo que creen. ¿Cuál es peor, no creer apenas nada de lo que se debe creer, ó no hacer apenas nada de aquello que verdaderamente se cree?

El Evangelio es del cap. 19 de San Mateo, y el mismo que el día 5.

MEDITACIÓN

Se la indispensable necesidad que hay en todos de tener cada año algunos días de retiro.

PUNTO PRIMERO.—Considera que no todos pueden abandonar para siempre sus negocios y su casa por vacar en la soledad al negocio importante de la salvación. Este privilegio se reserva únicamente para algunas almas favorecidas; semejante vocación es una gracia muy singular, pero pocas personas hay que no puedan conceder al retiro algunos días del año; ninguna absolutamente que no deba hurtar por algún tiempo el cuerpo al cuidado de los negocios temporales, para vacar únicamente al importantísimo negocio de su eterna salvación.

Unas fiestas, una boda, el buen tiempo suspenden tal vez por muchos meses los negocios de mayor interés; y, para el negocio de mi salvación, ¿no podré hallar tres ó cuatro días libres? Aunque se vea uno en los primeros empleos del ministerio, ya togados, ó ya de capa y espada; aunque cargue sobre sus hombros todo el gobierno del Estado, siempre halla al cabo del año

algunos días desocupados, algún tiempo para la respiración y el descanso; y ¿será posible que sólo no se encuentre para dedicarle al importante negocio de la salvación? Pues ello es así que, para trabajar eficazmente en este importantísimo negocio, no hay cosa más necesaria que el retiro.

¿Quieres convertirte? ¿Quieres tranquilizar y sosegar tu conciencia? ¿Quieres salir de ese funesto estado de la tibieza ó de la culpa? ¿Quieres romper esos lazos, domar ese genio, vencer esa pasión, reformar esas costumbres, mudar esa mala vida? Pues aléjate por algunos días del tumulto del mundo.

PUNTO SEGUNDO.—Considera que la conversión es una obra trabajosa; es preciso desengañarse de muchos errores y preocupaciones que había adoptado el amor propio; es preciso condenar muchas máximas que había autorizado una inveterada costumbre; es preciso sofocar deseos, reprobando ideas, dejar estilos, oponerse á inclinaciones, ahogar pasiones, y, en fin, renovar todo un corazón corrompido por el vicio. Todo esto no es posible hacerse sin largas y serias reflexiones, sin profundizar las verdades terribles de la fe, sin desentrañar los misterios de la religión. Y esto ¿cómo se podrá practicar entre el ruido del mundo, entre los estorbos de un estado ó de un empleo rodeado de estruendo y de tumulto, entre la esclavitud de una vida enemiga del reposo? Luego es indispensable el retiro.

Pocas personas se hallarán que no tengan necesidad de renovar una multitud de confesiones mal hechas. Como el tentador es tan enemigo de nuestra salvación, dilata nuestra conversión todo lo que puede, y por eso no hay medio que no practique para desviarnos de los ejercicios. No atribuyas á tus negocios, ni á tu estado, ni á tu poca salud, ni á otros accidentes

imprevistos, la resistencia que has hecho hasta aquí á este poderoso medio.

Demasiado he experimentado yo, Dios mío, este fatal artificio del enemigo de mi salvación; conozco bien que todo cuanto me he desviado de los ejercicios, tanto me he apartado de mi conversión. Tened, Señor, piedad de mis descaminos y de mi miseria. Comprendo y confieso que tengo necesidad de retirarme algunos días; no permitáis que malogre esta gracia, y dadme tiempo para que haga eficaz esta resolución.

JACULATORIAS

Conducidme, Señor, al camino de guardar vuestros Mandamientos, porque no quiero otro.—*Ps.* 118.

Un solo día de retiro en tu Santa Casa, vale más que mil entre el estruendo del mundo.—*Ps.* 83.

PROPÓSITOS

1. Sea uno de la condición que quisiere y ocupe el empleo que ocupare, no es creíble que al cabo del año le falten tres ó cuatro días para retirarse. Siempre se encuentran los que se quieren para una partida de diversión, para un viaje; no son menester más, y muchas veces ni aun tantos, para unos ejercicios; lo único que falta para hacerlos es un poco de buena voluntad. Pero, al fin, permitamos á cierta clase de gentes que sus ocupaciones, sus negocios, su estado y sus empleos no las dejen lugar para tres días de ejercicios; ¿qué excusa racional se podrá alegar para no retirarse por lo menos un día cada mes? Toma desde luego esta resolución, y ponía en práctica desde el domingo que viene. Este ejercicio respecto de los seglares no les altera las horas, como las puede alterar respecto de los religiosos; sin

faltar á tus obligaciones, puedes fácilmente tener un día de retiro. No hay cosa más útil, más fácil ni más necesaria; imponte una ley indispensable de practicarla; la experiencia te enseñará que no es posible tener cada mes un día de retiro y no hacerse santo en poco tiempo.

2. Determina desde luego el día que destinas para esto, escogiendo aquel que te parezca será el más desocupado, y la víspera prevente, desembarazándote de todo lo que puede distraerte en el mismo día. Prepárate la noche antes con la parábola de la higuera, que el padre de familias está resuelto á dar por el pie, porque no lleva más que hojas, y sólo dilata el arrancarla hasta ver si con nuevo cultivo produce finalmente algún fruto. En una palabra, debes procurar hallarte al fin de este día como te quisieras encontrar á la hora de la muerte.